peranzas de un dia divertido, otorgué de cabeza y cernióse el salon.

Annuit, et totum nutu tremefecit olympum.

De antemano estaban tomadas todas las precauciones, y habiamos de partir temprano porque teniamos que andar cuatro leguas por caminos capaces de meter miedo aun á los viajeros audaces que han desafiado las alturas del poderoso cerro Monmartre.

Estaba fabricado el monasterio en un valle cerrado al Oeste por la cima de la montaña, y al Este por un ribazo menos elevado.

El pico del Oeste estaba coronado por una selva de pinabetes, de los cuales una sola ráfaga de viento echó un dia por tierra treinta y siete mil (1).

Estaba el fondo del valle ocupado por una extensa pradera donde unos matorrales de hayas formaban diversos compartimientos irregulares, modelos inmensos de esos huertecillos ingleses que tanto nos gustan.

Al amanecer llegamos y fuimos recibidos por el padre des-

pensero, cuyo rostro era cuadrangular y la nariz en forma de obelisco.

(1) La direccion de aguas y selvas los contó y los vendió: dieron utilidad al comercio y á los monjes, pusiéronse grandes capitales en circulacion y nadie se quejó del huracan.

—Señores, dijo el buen padre, sean ustedes bien venidos: nuestro reverendo abad tendrá mucho gusto en sabiendo que han llegado ustedes; todavía está en la cama, pues muy fatigado estaba ayer; pero vendrán ustedes conmigo y verán si los aguardábamos nosotros.

Dijo, púsose en camino y le seguimos nosotros suponiendo con razon que nos llevaba al refectorio.

Allí fueron invadidos todos nuestros sentidos por la aparicion del almuerzo mas deductivo, de un almuerzo verdaderamente clásico.

En medio de una mesa espaciosa se elevaba un pastel del tamaño de una iglesia; estaba flanqueado al Norte por un cuarto de ternera frio, al Sud por un jamon enorme, al Este por una bola de mantequilla monumental y al Oeste por un puño de alcachofas en mostazada.

Veíanse á mas diversas especies de frutas, platos, servilletas, cuchillos y plata labrada en canastas, y en la punta de la mesa unos hermanos legos y unos fámulos listos á servir, aunque admirados de verse tan de mañana levantados.

En un rincon del refectorio veíase un monton de mas de cien botellas, continuamente rociadas por una fuente natural que se escapaba murmullando *Evohe Baeche*, y si el aroma del moca no acariciaba nuestras narices, es porque en aquellos tiempos heróicos todavía no se tomaba café por las mañanas temprano.

El reverendo despensero gozó un rato de nuestro asombro, después de lo cual nos dirigió la alocucion siguiente, que en nuestra sabiduría juzgamos que habia sido preparada.

—Señores, dijo, yo quisiera poder haceros compañía, pero todavía no he dicho mi misa y hoy es dia de misa mayor. Deberia yo invitaros á que comiéseis; mas vuestra edad, el viaje y el aire vivo de las montañas deben dispensarme de hacerlo. Aceptad con gusto lo que de buena mente os ofrecemos; me despido de vosotros y voime á cantar maitines.

Dicho esto, desapareció.

Entonces fué el momento de maniobrar, y atacamos con la energía que suponian en efecto las tres circunstancias agravantes tan bien indicadas por el despensero; pero ¿qué podian unos débiles hijos de Adan contra un banquete que parecia preparado para los vecinos del Sirio? Im-

potentes fueron nuestros esfuerzos, y cuando ya estuvimos hartos apenas se advertia lo que habiamos comido.

Así, bien provistos hasta la hora de comer, nos dispersamos, y yo fuí á acurrucarme en una buena cama, donde me estuve durmiendo mientras era hora de la misa, semejante al héroe de Rocroá y á otros mas que han dormido hasta el momento de la batalla.

Recordóme un robusto hermano que estuvo á punto de arrancarme el brazo, y corrí á la iglesia, en donde encontré á todo el mundo en su puesto.

Ejecutamos al ofertorio una sinfonía, cantóse una aria á la elevacion y se dió fin con un *cuatuor* de instrumentos de viento; y á pesar de las pullas contra la música de aficionados, el respeto que debo á la verdad me obliga á asegurar que salimos muy bien.

Noto en esta ocasion que todos los que nunca están contentos con nada, son las mas veces unos ignorantes que no hablan atrevidamente sino porque esperan que su audacia podrá hacerles suponer conocimientos que no han tenido ánimo para adquirir.

Recibimos con dignidad los elogios que no dejaron de hacernos con profusion, y después de haber recibido las gracias del abad fuimos á sentarnos á la mesa.

Fué servida la comida al gusto del siglo quince: pocos intermedios, pocas superfluidades; puero una excelente eleccion de viandas, guisados sencillos, sustanciosos, una buena cocina, un cocimiento perfecto y sobre todo unas legumbres de un sabor desconocido en las lagunas, impedian que se desease lo que no se veia.

Considérese cuál no seria la abundancia que reinaria en aquel buen lugar, cuando el segundo servicio ofreció hasta catorce platos de asados.

Los postres fueron mas notables por estar compuestos en partes de frutas que no crecen en aquellas alturas y que se habian traido del país bajo; pues habíase hecho contribuir los huertos de Machuraz, la Morflan y otros lugares favorecidos del astro padre del calor.

No escasearon los licores, mas merece mencion especial el café.

Era este cristalino, oloroso, estaba caliente á las mil maravillas; pero sobre todo no estaba servido con esos vasos degenerados que se atreven las gentes á llamar "tazas" en las riberas del Sena, sino en unos hermosos y profundos *bowls* en donde se sumergian á sus anchuras los labios espesos de los reverendos, quienes respiraban el líquido vivificante con un ruido que habria honrado á unos cachalotes antes de la tormenta.

Después de comer, fuimos á las vísperas y ejecutamos allí, entre los salmos, unos antífones que habia compuesto yo para el caso. Música corriente era como la que se componia entonces, y no digo ni una palabra de ella por temor de que me corte la modestia ó me arrastre la paternidad.

Habiéndose terminado así la jornada, comenzaron á desfilar los vecinos: los demás se arreglaron para hacer algunos partidos de juego.

Yo por mi parte, preferí el paseo, y habiendo reunido á unos cuantos amigos, fuí á hollar aquel césped tan suave y tan apretado que valen bien los tapices de la Jabonería y á respirar el aire puro de los sitios elevados, que refresca el alma y dispone á la mente á la meditacion y al romanticismo (1).

Era tarde cuando regresamos. El abad vino á mí para saludarme y darme las buenas noches.

—Voy á retirarme, díjome, y á dejar á usted acabar la noche. No es porque crea yo que pudiera ser molesta mi presencia á nuestros padres, sino porque quiero que sepan bien que tienen completa libertad. No todos los dias son San Bernardo: mañana volveremos al órden acostumbrado: *cras iterabimus aquor*.

Efectivamente, después que se hubo ido el abad, hubo mas movimiento en la reunion; volvióse mas ruidosa, dijéronse mas de esas chanzas especiales á los claustros que no querian decir gran cosa, y de que todos reian sin saber por qué.

A cosa de las nueve sirvióse la cena, cena esmerada, delicada y distante de la comida de muchos siglos.

(1) Siempre he sentido este efecto en las mismas circunstancias, y estoy dispuesto á creer que lo ligero del aire en las montañas deja obrar ciertas facultades cerebrales que lo pesado de él oprime en el llano.

Comióse con mas ganas, platicóse, rióse, cantáronse canciones propias, y uno de los padres nos leyó unos versos de su caletre, los cuales no eran en verdad malos para hechos por un tonsurado (1).

Ya al acabarse la noche, levantóse una voz y gritó:

—Padre despensero, ¿y dónde está el plato de usted?

—Justísimo, respondió el reverendo; por algo soy despensero.

Ausentóse un rato y volvió seguido de tres sirvientes, de los cuales el primero traia tostadas de excelente mantequilla y los dos otros traian cargada una mesa sobre la que venia una cabeta de aguardiente azucarado y ardiendo, lo que equivalia al ponche que aun no era conocido.

Recibióse á los recien venidos con vítores; las tostadas fueron comidas, fué bebido el aguardiente y cuando el reloj de la abadía dió las doce de la noche, cada cual se retiró á su aposento para gozar de las dulzuras de un sueño á que los trabajos del dia le habian dado disposiciones y derechos.

XXIII.

FELICIDAD EN VIAJE.

Iba yo un dia montado en mi caballo La Alegría y andaba recorriendo los ribazos alegres del Jura.

Estábamos en los dias mas malos de la revolucion, é iba yo á Dole, á ver al representante Prot para conseguir un salvoconducto que habia de libertarme de ir á la cárcel, y seguramente al patíbulo.

Llegando á cosa de las once del dia á una posada ó pueblo de Moncuvodré, dispuse primeramente que fuese bien atendida mi cabalgadura, y al pasar á la cocina, maravillóme un espectáculo que ningun viajero habia podido ver sin gusto.

(1) El padre despensero de que se habla en esta narracion, verdaderamente histórica, habiendo llegado á viejo, hablábase delante de él de un abad nuevamente nombrado que llegaba de Paris, y cuyo rigor temian todos.

—Nada me da cuidado, dijo el reverendo; sea malo cuanto quiera, que nunca tendrá ánimo para quitar á un anciano ni el rincon de la lumbre ni la llave de la despensa.

Delante de una lumbre viva y brillante giraba un asador admirablemente guarnecido de cochaperdices y de esos pequeños rascones de piés verdes que siempre se mantienen tan gordos. Esta caza selecta escurria las últimas gotas sobre un inmenso asado cuya traza anunciaba la mano de un cazador, y muy cerquita se veia, cocido ya, uno de esos lebratos de costillas redondas que no conocen los parisienses y cuyo humillo embalsamaria una iglesia.

—¡Bien! dije para mí reanimado con esta vista, la Providencia no me abandona enteramente. Cortemos de paso esta flor, que siempre habrá tiempo para morir.

Entonces, dirigiéndome al huésped que estaba silbando durante este exámen, con las manos á las espaldas, paseando por la cocina su estatua de gigante, díjele:

—Amigo mio, ¿qué va usted á darme para mi comida?

—Nada malo, caballero: buen puchero, buena sopa de papas, buena espalda de carnero y buenos guisantes.

A esta respuesta inesperada, corrióme por el cuerpo un calofrio de pesar: sábese que no como puchero, porque este es carne menos su jugo, las papas y los guisantes son *obesígenas;* no me sentia yo con dientes de acero para destrozar la pierna de carnero, de suerte que la comida aquella no podia menos de desesperarme y todos mis males cayeron sobre mí.

Contemplábame el huésped con traza picaresca y parecia que adivinaba la causa de mi disgusto.

—Y ¿para quién reserva usted toda esa linda caza? díjele con cara de mal humor.

—¡Ay de mí! díjome con acento sinpático, no puedo disponer de eso: todo ello pertenece á unos señores de justicia que están aquí desde hace diez dias con un objeto que interesa á una señora muy rica. Ayer concluyeron su excurcion y están regalándose para celebrar este feliz sueeso; eso es lo que aquí llamamos hacer la revolucion.

—Caballero, repliqué después de meditar un rato, hágame usted el favor de decir á esos señores que un hombre

decente pide como especial favor el ser admitido á comer con ellos, que dará su parte y que se los agradecerá infinito.

Dije yo, fuése él y no volvió.

Mas á poco ví entrar á un hombrecillo gordo, lozano, regordete que vino á dar vueltas por la cocina, quitó algunos trastos, levantó la tapadera de una cacerola y desapareció.

—Bien, dije para mí, ahí tenemos al hermano tejero que viene á conocerme.

Y comencé á esperar, pues habíame enseñado la experiencia que mi exterior no es chocante.

No por eso dejó de latirme el corazon como á un candidato al acabarse el escrutinio, cuando el huésped volvió á presentarse y vino á anunciarme que los caballeros estaban muy contentos de mi propuesta y que solo por mí no se ponian á la mesa.

Volé á buscarlos, fuí muy bien recibido y al corto rato ya me habia familiarizado yo con ellos.

¡Qué excelente comida! No haré pormenores, pero sí debo una mencion honorífica á un fricasé de pollos muy delicados, cual no se encuentran sino en provincia y tan ricamente dotados de criadilla, que habia suficiente para rellenar al viejo Titon.

Ya todos conocen bien el asado; correspondia su gusto á su cara: estaba cocido de punto y la dificultad que habia tenido yo en llegarme á él realzaba mas su sabor.

Componíanse los postres de una crema con vainilla, de queso selecto y de frutas excelentes. Remojábamos todo eso con un vino ligero y color de granate; luego con vino del Ermitage, después con vino de paja igualmente suave y generoso, habiéndolo coronado todo con un café muy bueno compuesto por el regordete sugeto, quien tuvo tambien la atencion de no dejarnos carecer de ciertos licores de Verdun que sacó de uno como tabernáculo de que él tenia la llave.

La comida sobre ser buena, fué muy divertida.

Después de haber hablado con circunspeccion de las cosas del dia, aquellos señores se agarraron en bromas que me impusieron de una parte de su biografía: hablaron poco del asunto que los habia reunido, se contaron algunas travesuras, se cantó, yo tomé parte con algunas coplas inéditas,

compuse una improvisacion, la cual fué muy aplaudida segun el uso: ¡tela aquí:

AIR: *du maréchal ferrant.*

Qu'il est doux pour les voyageurs
De trouver d'aimables buveurs:
C'est une vraie béatitude.
Entouré d'aussi bons enfants,
Ma foi je passerais céans,
Libre de toute inquiétude,
Quatre jours,
Quinze jours,
Trente jours,
Une année,
Et bénirais ma destinée.

Si traigo aquí esta copla no es porque la crea excelente, pues, á Dios gracias, las he hecho mejores, y hubiera rehecho esta si hubiera querido, sino porque he preferido dejarle su traza de improvisacion para que convenga el lector en que quien con una comision revolucionaria á sus espaldas podia divertirse así, tenia sin género de duda la cabeza y el corazon de un francés.

Bien hacia ya cuatro horas que estábamos á la mesa y comenzaba cada cual á discurrir sobre la manera de concluir la tarde: íbase á dar un largo paseo para ayudar á la digestion y al regreso se jugaria para hacer tiempo á que llegara la hora de la cena, la cual se componia de un plato de truchas en reserva y de los restos de la comida, todavía muy apetitosos.

A todas estas propuestas me ví en el caso de responder con una negativa, pues el sol que se inclinaba hácia el horizonte me advertia que partiese. Insistieron aquellos señores cuanto lo permitia la urbanidad y me dejaron cuando les aseguré que no andaba yo viajando enteramente por gusto.

Ya adivinará el lector que no quisieron ellos oir hablar de mi escote, de suerte que sin hacerme preguntas impor-

tunas, quisieron verme montar á caballo y nos separamos después de la despedida mas afectuosa.

Si alguno de los sugetos que me recibieron tan bien vive todavía y si va á dar este libro á sus manos, es mi deseo que sepa que después de pasados mas de treinta años, este capítulo ha sido escrito con el mas vivo agradecimiento.

Nunca viene sola una dicha y tuvo mi viaje un éxito tan feliz cual nunca me lo hubiera esperado yo.

Encontré en verdad al representante Prot fuertemente indispuesto contra mí, miróme con mala cara y creí que iba á mandarme aprehender; pero no tuve mas que el miedo, y después de algunas explicaciones me pareció que se desarrugaba su entrecejo.

No soy yo de las personas á quienes hace crueles el miedo y entiendo que no era de mal corazon aquel hombre; pero tenia pocos alcances y no sabia qué hacer con el poder formidable que le habia sido confiado: era él un niño armado con la maza de Hércules.

M. Amondru, cuyo nombre cito aquí con sumo gusto, tuvo en verdad mil trabajos en hacerle aceptar una cena en que estaba convenido que me hallaria yo; fué á ella sin embargo, y me recibió de una manera que era para mí nada satisfactoria.

Fuí un poco menos mal recibido de madama Prot, á quien fuí á presentar mis homenajes: las circunstancias en que me presentaba yo admitian á lo menos un interés de curiosidad.

Desde las primeras frases me preguntó si me gustaba la música. ¡Oh felicidad inesperada! ella manifestaba que la música era su encanto, y como yo soy muy buen músico, al punto vibraron á una nuestros pechos.

Platicamos antes de cenar y nos hicimos conocidos. Hablóme de los tratados de composicion, y yo los conocia todos; hablóme de las óperas mas de moda, y las sabia yo de memoria; nombróme los autores mas conocidos, y yo habia visto los mas. No acababa ella, porque desde hacia mucho tiempo no habia encontrado á nadie con quien tratar de este punto, del cual hablaba como aficionada, aunque después he sabido que habia profesado como maestra de canto.

Después de cenar, mandó llevar sus cuadernos: cantó ella, canté yo, cantamos nosotros; jamás lo hice con mas fer-

vor, nunca tuve en ello mas placer. M. Prot habia hablado ya varias veces de retirarse y ella no habia hecho ningun caso y sonábamos nosotros como dos trompetas el duo de la FALSA MAGIA

¿Y acordais de aquella fiesta?

cuando el marido dejó oir la órden de marcha.

Preciso fué acabar; pero en el momento en que nos separamos díjome madama Prot:

—Ciudadano, cuando se cultiva como usted las bellas artes, no se trama contra su país: sé que usted pide una cosa á mi marido, y la conseguirá usted, pues yo se lo prometo.

A estas razones consolatorias le besé la mano con la mas viva cordialidad, y efectivamente, desde el dia siguiente recibí mi salvoconducto bien formado y magníficamente sellado.

Así se cumplió el objeto de mi viaje. Volví á mi casa erguido, y merced á la armonía, esa hija amable del cielo, mi ascension vino á retardarse un número regular de años.

BIBLIOTECA PÚBLICA DE NUEVO LEON